

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNICO LECTORAL

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VENS. 2 y 3.)

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la Ley de Dios.)

APÁRTATE DE LO MALO Y HAZ LO BUENO.

Diverte á malo et fac bonum.

Psalm. 33.

Malo es el orgullo; es la raíz de donde brotan otros muchos pecados. Es además la causa de nuestras humillaciones. Está escrito, es ley así de las inteligencias como de los corazones, quien se humilla será ensalzado y quien se ensalza será humillado. La soberbia degrada al hombre, le roba la gracia, la paz del corazón y la alegría de su espíritu. La humildad, por el contrario, es la base de su grandeza, la condicion de su dicha, la fuente de la alegría y del contento. El hombre, para ser grande y feliz, ha de copiar en el lienzo de su vida el divino original, Jesucristo Nuestro Señor, que dice á todos los hombres: Aprended de mi, que soy manso y humilde de corazón. No hay paz para los soberbios;

en el corazón de los que se ensalzan á impulso de la soberbia no reina la verdadera alegría. Es ella el galardón de la humildad.

Era un día de invierno, muy crudo. La nieve cubria la tierra, y soplaban un viento fuerte, helador, de modo que el frío se hacia intolerable. S. Francisco de Asis se dirigia de Perusa á Santa María de los Angeles. No estaban lejos del término del viaje cuando el Apóstol de Asis dijo á Fr. Leon, su compañero de camino: Hermano Leon ovejita de Dios, si los frailes menores hablasen la lengua de los ángeles, y conocieran el curso de los astros, y la virtud de las plantas, y los secretos de la tierra, y la naturaleza de las aves, de los peces, de los hombres y de todos los animales, de los árboles, las piedras y el agua, tenga por muy cierto que no por eso disfrutarían de la perfecta alegría.

Y un poco más adelante. ¡Oh hermano Leon, aunque los frailes menores convirtieran con su predicación á todos los pueblos infieles, fígrese bien en ello, no por eso tendrían motivo para estar completamente alegres. Y continuó hablando así por espacio de algunas millas.

Al fin lleno de asombro Fr. Leon, preguntó al Santo: Pido por Dios á vuestra Paternidad que me diga en qué consiste la perfecta alegría. S. Francisco respondió: Cuando lleguemos á Santa Maria de los Angeles, bien mojados y cubiertos de lodo, transidos de frio y muertos de hambre, si llamando nosotros á la puerta, el portero nos dice: ¿Quién es? nosotros responderemos: Somos dos hermanos vuestros. Si él entonces replicara: Mentira; sois dos vagos que andais por el mundo quitando la limosna á los verdaderos pobres: ¡fuera de aquí! y no quisiera abrimos, y nos dejara fuera toda la noche á la intemperie, expuestos á la nieve y al frio y muriéndonos de hambre; si nosotros sufrimos este tratamiento con paciencia sin turbarnos ni murmurar; y si, además, pensamos humildemente y con caridad que el portero nos conoce bien por lo que somos, y que por permission de Dios habla así contra nosotros, créame, hermano, en esto consiste el verdadero contentamiento.

Y si continuamos llamando, y encolerizado el portero nos echara como holgazanes importunos y nos colmara de injurias y nos diera de bofetadas, y nos dijera: Marchaos de aquí, miserables, ladronzuelos, id al hospital, no hay aquí para vosotros nada que comer; si nosotros soportásemos este mal tratamiento con gozo y con amor, ¡oh hermano Leon, no tenga duda, en esto consiste la alegría perfecta.

Si, finalmente, en aquel apuro el hambre, la sed y el rigor de la noche nos precisaran á instar con lágrimas y lamentos para que nos dejarán entrar en el convento, é irritado entonces el portero saliera con un palo y nos agarrara de la capucha, y nos tirara á la nieve, y nos magullara á palos hasta dejarnos cubiertos de heridas; si nosotros sufriésemos todas estas cosas con alegría, pensando que debemos participar de las humillaciones de Jesucristo, hermano Leon, créalo firmemente, en esto se encuentra realmente la alegría verdadera. Entre todos los dones del Espíritu Santo, el más considerable es vencerse á sí mismo y sufrir con gusto, por amor de Jesucristo, las penas, las injurias y los oprobios (Fioretti cap. VIII.)

LA CRUZ.

Sr. D. Zacarías Metola, Canónigo Lectoral y Director del BOLETIN DOMINICAL.

Burgos y Noviembre de 1883.

Muy apreciado y respetable Señor mio: una palabra oída á un labriego, en la tarde del jueves último, con ocasion de la solemne procesion que ponía término á las Misiones tenidas por los PP. Dominicos en Gamonal, hace que hoy me permita dirigirle esta carta, para que, como Director del BOLETIN DOMINICAL, V., que tan poderosas facultades debe á Dios, inicie una obra reparadora y altamente útil.

Decia el labriego indicado, al presenciar el desfile de la procesion en Gamonal con tantas cruces parroquiales:

—«Esto parece un Calvario!!» Y el hombre se arrodilló y se persignó.

Esto me conmovió y me hizo reflexionar en que la cruz constituye el honor y la fuerza de los cristianos, y que este instrumento de suplicio es el estandarte victorioso de Cristo:—*Vexilla regis prodeunt*. Y el pueblo que de la cruz reniega, cae en la impotencia, se divide y hasta llega á desaparecer por una série de revoluciones y de luchas.

A este fin ¿qué es lo que conviene? Que se inicie, y esto puede hacerlo su BOLETIN DOMINICAL, el que en

todas las poblaciones se restablezcan los antiguos calvarios, hechos desaparecer por los hombres de la revolución, en las afueras de los pueblos, porque siendo la cruz todo lo contrario de lo que los revolucionarios piensan y sienten, creyeron ¡insensatos!! que haciéndola desaparecer de los sitios públicos, quizás sus conciencias no fueran atormentadas con tanta fuerza.

El signo de la cruz era el escudo de los que antiguamente se alistaban para las luchas por la fé; y para la cruzada que los de la generacion actual debemos emprender contra los errores modernos, ¿qué emblema mejor que el de la cruz se puede elegir?

Raro, muy raro es en nuestros dias, el encontrar un calvario en los pueblos, pues hasta las cruces se arrancan de los edificios públicos; y seria un consuelo y, al propio tiempo, un medio eficaz de acrecentarse la piedad y la veneracion de los pueblos, el que se emprendiera con calor la restauracion de estos signos tiernos de las creencias y de los sentimientos de las gentes. Y cualesquiera que sean las vicisitudes que sufra nuestra España, conviene enseñar á las poblaciones, con la exhibicion de la cruz en lugares públicos, á no encerrar en una enseñanza puramente terrestre, ni en una doctrina materialista el horizonte abierto del lado del cielo.

El alma, según la bella expresión de Tertuliano, es naturalmente cristiana, y el pueblo tiene necesidad de creer, principalmente el pueblo que trabaja y sufre; es, por este motivo, que las ceremonias y el culto religioso tienen siempre un tan vivo atractivo para su imaginación y para su corazón.

La cruz fortifica y garantiza las conciencias, educando generaciones animadas en sentimientos nobles, que afianzan luego el patriotismo. Mientras la fé era viva, la influencia española se dejaba sentir por todas partes, y los recuerdos gloriosos y las más bellas tradiciones, guardadas entre nosotros, descansan sobre la idea religiosa y católica, cuyo símbolo es la cruz.

¿No cree V. que el medio más eficaz para regenerar nuestra patria, sea el restablecimiento de la cruz en los sitios públicos y en donde se vea como el simbolismo de nuestras almas?

De V. afmo. amigo y S. S.

X.

EL LLAMAMIENTO.

El ilustre Pontífice que gobierna el mundo á través de tantos escollos y tempestades, después de haber dirigido una mirada melancólica sobre el estado lamentable de la sociedad, y considerándose destituido de

todo socorro humano, llama á la Madre de Dios en su ayuda: un grito se escapa de sus labios:—*Santa María, succurre miseris!!* Santa María, socorred á los desgraciados!!

Tal es el sentimiento que ha inspirado la reciente *Encíclica* del Santo Padre, pidiendo oraciones universales destinadas á salvar el mundo. El ha querido que el grito que dirige al cielo, fuese repetido por millones de almas, con el fin de obligar á Jesucristo á perdonarnos por las súplicas de su Madre Santísima. El, pues, nos convoca á todos los hijos de la Iglesia, por medio de la oración, á una cruzada espiritual, de la cual el Soberano Pontífice espera la salvación de la sociedad civil y religiosa, y ha dado á sus innumerables y pacíficas legiones un arma que es la más poderosa de todas aquí bajo en el mundo. Esta espada celeste es la *oración*, que San Juan Crisóstomo llama *una espada temible, una armadura poderosa, un escudo impenetrable*, y «que hace más que las batallas» al decir de Donoso Cortés.

Pero, en el ejército de Cristo, hay un cuerpo de elección del cual no se conoce bastante el poder, ni las gloriosas victorias, y es un instrumento eficaz: son los niños.

Entre los medios de resistencia, el más sencillo y el más importante es, pues, el de utilizar en esta lucha los niños, cuyas oraciones son muy

poderosas en el corazón de Dios: por que está escrito, y Jesucristo lo ha recordado para gloria de los niños y para confusión de los malvados: «Habeis sacado el elogio más perfecto de la boca de los niños, relación de vuestros enemigos, con el objeto de destruir á todo enemigo.» (Ps.)

Ah! si nosotros supiéramos utilizar todos estos soldados de la oración para la defensa de nuestra causa, muy pronto seríamos vencedores.

«En este momento, en que la Iglesia y el mundo tienen tanta necesidad de auxilios, la oración de los ángeles de la tierra es la que nos puede salvar. (El Obispo de Confances),»

«La oración de los niños, en la hora presente, es el gran apoyo de la Iglesia.» (Monseñor Mermillod, obispo de Laussane.)

«El niño que ha conservado la inocencia de su bautismo, ¿no puede pedir con eficacia á Dios Nuestro Padre y también á la Santísima Virgen, Nuestra Madre,» como ha dicho el venerable cura de Ars?

Pues durante los días benditos del próximo Adviento, ó sea la época del *gran perdón de la Santa Virgen*, según el decir de un Santo Padre, levantemos sobre nuestras cabezas culpables, á los niños, presentándoles á Jesús por medio de María, con la inocencia en el co-

razón y la oración en los labios. Cualesquiera que sean nuestras faltas y nuestros temores, el rayo de la ira divina no vendrá á herirnos á través de estas inocentes víctimas.

Hay en eso un poder de espionaje y de intercesión cuya fuerza é invencible energía, sobre el corazón de Dios, no se conoce bastante.

En todas las grandes calamidades, en los días de las pruebas y de las espionajes, el Señor mismo indicaba á su pueblo culpable, como salvación suprema, la oración de los niños: «Llamad al pueblo, reunid con los ancianos á todos los niños, aun aquellos mismos que maman» (Joel.)

Esto es preciso hacer hoy.

Si, en todas las parroquias, durante el próximo Adviento, en las tardes de los domingos, se eleva hacia al cielo una inmensa oración procedente de todos los niños armados con el rosario y reunidos en la iglesia, después de una procesión solemne, gritando con todas las fuerzas de sus tiernos corazones y con los brazos en cruz:

¡Socorrednos, Virgen María!

¡Virgen María, rogad por nosotros!

¡Perdon, perdon, Madre de Dios!

El brazo de Dios será, al instante, desarmado. Jesús nos perdonará por las súplicas de su Madre. ¿Por qué, pues, no hemos de ensayar este remedio?

En la milicia cristiana, la misión del sacerdote es la de formar gue-

rreros para el manejo de sus armas y ejercitarlos en el combate de la oración.

¡Hagámonos todos apóstoles de esta cruzada de los niños!!

* * *

EL MUNDO Y LA FÉ

A solas con mi alma recorría el campo solitario.

El soplo helado de invierno, robaba á la naturaleza su frescura; los árboles desnudos, el follaje silencioso, todo despertaba en mi alma pensamientos sombríos....

La meditación agotaba las fuerzas de mi espíritu oprimido y me creía semejante á la estéril campiña. El secreto de la vida se levantaba erigido ante mis ojos.

Un anciano de encorvado talle estaba junto al camino sentado en el tronco de un árbol que derribó la tempestad. Guarnecian su frente los plateados rizos de una escasa cabellera, dos lágrimas se deslizaban por el fondo de las arrugas que le surcaban el rostro.

Y, llevando á los ojos su mano trémula y huesosa, levantó al cielo su húmeda mirada, y dijo:

—Mi corazón es árido como estos campos, sombrío como las nubes y frío y como el hielo que detiene el curso del atetargado arroyo. He sondeado mi alma y le he pedido cuenta de las más reconditas emo-

ciones. He buscado el enigma de lo que me rodea y el impenetrable principio del que todo deriva.

Gran castigo me trajo esta satánica ambición.

A cada respuesta de la inteligencia se disipaba una parte de mis alegrías; á cada problema resuelto la fé que alienta y la esperanza que consuela iban agostándose en mi seno.

Todo me parecía impostura, hasta la adoración del mismo Dios.

Las risueñas ilusiones de la juventud me abandonaron prematuramente y lúgubres pensamientos me asaltaban á porfía.

Llegué al invierno de la vida sin haber visto la esplendidez del verano, ni la fertilidad del otoño. La piedad se hundió en lo profundo de mi corazón.

Yo le respondí con voz dulce y compasiva:

—Padre mio; si las nieblas de la vejez pesan sobre vos, si vuestra frente se inclina á la tierra ¿no podeis consolar vuestro corazón con el recuerdo de tiempos más felices?

¿La esperanza de una vida futura y eternamente dichosa no basta á reanimaros y fortaleceros el pié de la tumba?

—Hijo mio, añadió el anciano sonriendo con amargura, tu desconoces la vida humana. Un tiempo fui joven y robusto como tu eres; entonces admiraba la obra del Cria-

dor porque creía. Sabía orar y agradecer.

Yo pensaba que en la vida se hallaban bastantes placeres para ahogar el dolor. Mi mano estrechaba la de todos creyendo que el amor vivía en el alma de los hombres.

Había heredado riquezas;...pero un día la miseria llamó á mis puertas y pedí auxilio á los amigos. Todos me abandonaron mofándose de mi desesperacion.—

Uno solo permaneció á mi lado; y apuraba conmigo la copa del infortunio.

Pero la muerte, la muerte horrible disparó su dardo emponzoñado y la hueca tumba cobija desde entonces el inanimado cuerpo de mi amigo.

Entonces busqué la dicha en el amor.

Tuve una esposa tierna é hijos encantadores y sentí renacer la alegría en mi corazón. Cuanto á Dios, ni me acordaba de Él.

Pero cayó sobre el mundo un azote tremendo y la guadaña de la muerte segaba sin descanso. Mi esposa, mis hijos, todos murieron en mis brazos. En mi desesperacion caí rendido entre los yertos cadáveres y respiré su atmósfera apestada.

Pero no pude morir; el cáliz no robaba todavía. Y quedé solo en el mundo.

Entonces mi memoria se remontó al pasado y calculé la suma de las

dichas y de los pesares. Y vi que por una de aquellas había mil de estos y más.

Y levantándome contra Dios, cólerico y blasfemo le dije: «¿Has criado al hombre, solo para que sufra y lllore?»

Pero el Señor castigó mi soberbia enfriando mi corazón: huyó de mí la fé y ya no supe llorar.

Dicho esto, el anciano se levantó y fué alejándose con lentitud. Sus palabras terribles sumieron mi alma en profunda tristeza y veía en el porvenir luz yubres augurios de la desgracia cerniéndose sobre mí. Y sin embargo, aun tenía confianza en Dios. Mis ojos miraron al cielo en actitud suplicante y un rayo de luz y de consuelo desvaneció los amargos pensamientos.

Dirigía mis pasos hacia el templo del Señor y penetré á la ventura por los angostos caminales de un cementerio. Sentéme cerca de una tumba entreabierta contemplando las hundidas órbitas de los cráneos amontonados.

De pronto, un estremecimiento glacial recorrió todo mi cuerpo: el anciano estaba allí, de pié; su mano escuálida señalaba una blanca calavera.

—Mírala, dijo, es la de mi padre. Y después indicando otra más pequeña:—¿Ves esa? Es la de mi primer hijo... Aquella, la del amigo fiel.

Entre esos cráneos carcomidos duerme mi esperanza, mi dicha, mi paz. Ahí, en este osario te está reservado también un lugar; tus ojos desaparecerán y la lluvia blanqueará tus huesos.

Mientras la imaginación angustiada procuraba desechar tan horrible pesadilla, una mujer de rostro apacible se interpuso entre nosotros. Sus manos delicadas sostenían coronas de flores envueltas en fúnebre crespon y se arrodilló junto a una fosa reciente.

El anciano seguía mostrándome los esqueletos y dijo con voz cavernosa:

—¿Conoces ya la vida? ¿Sabes la solución del enigma? *La nada.*

—No lo creas, hijo mío, exclamó sollozando la mujer; y levantando al cielo sus ojos, como una profetisa iluminada del divino Espíritu, añadió solemnemente:

—¡Allí está la clave de todos los secretos de la vida y de la muerte, de la felicidad y del infortunio! Yo también he sido probada por Dios y la muerte me ha arrebatado los seres que más quería. La tierra cubre también estos cadáveres; y sin embargo, he encontrado consuelo en la eterna palabra de Dios.

En aquel punto el sueño de la desesperación que me embolvía se disipó, y besando con reconocimiento la mano de aquella mujer pregunté al anciano quien era.

—Soy el *Mundo*, dijo tristemente.

—Yo la *Né*, repuso mi bienhechora.

Tentaciones del infierno me han asaltado bajo esta égida sagrada, pero he recibido como prendas de reposo la dicha y la paz.

(Traducido de E. Conviencia.)

* *

JUSTICIA DIVINA.

(Pensamientos de Luis Veuillot.)

Quando se peca contra Dios, no hay éxito en este camino; lo mismo sucede a las naciones que a los individuos. Se cree alguna vez en el éxito, porque el castigo no es visiblemente inmediato; pero Dios no olvida, sino que espera. Algunos malvados, entrados pobres en los partidos revolucionarios, hanse enriquecido con los bienes de sus víctimas, las órdenes monásticas. El mundo decía: — «ha logrado su objeto!» Dios esperaba su arrepentimiento. Si han cansado su paciencia, no han logrado doblar su cólera, y el día en que su mano se ha dejado sentir, no han encontrado desgraciado con quien compararse.